



Comprender la agresividad escolar: Punto de partida para formar ciudadanía

● Amira Garnica Moreno y otros*



6:35 p. m. (hora de salida)

¡Al fin!... se acabó la jornada. En pocos minutos el colegio quedará vacío, no más gritos, no más insultos, no más empujones, no más problemas por resolver, al menos hasta mañana... Las agresiones del espacio escolar se trasladan al escenario de la calle.

Hay rumores de que en el lugar establecido para las peleas habrá hoy "combate doble": un estudiante de octavo contra uno de noveno, ambos de la jornada de la tarde; y uno de grado once, próximo a graduarse –si sale bien de ésta– y otro de décimo. Los primeros se enfrentan por una discusión que sostuvieron al interior de la institución, y en la que nadie intervino. Los segundos, por el amor de una chica de séptimo.

¿Los resultados? Estudiantes con golpes en la cara y las costillas rotas, mientras que otro fue llevado al hospital con un pulmón perforado por herida de arma blanca. El agresor salió airoso del enfrentamiento... aunque con la matrícula cancelada días después.

Entre tanto, en otra cuadra cercana al colegio, el presidente del consejo estudiantil –hinchita ferviente de su Millos del alma e integrante de los Comandos azules– es golpeado por varios jóvenes pertenecientes a las barras bravas del América. Resultado: ¡nuevo presidente del consejo estudiantil! Para evitar los peligros, el chico se retiró –por cuarta vez–, pues no podía seguir arriesgando su vida a pesar de la colaboración de los profesores que lo escoltaban o lo sacaban escondido en sus automóviles.

¿Se parece acaso esto a algunas escenas que ve o que vive diariamente en su establecimiento? No se asuste... es simplemente el fiel reflejo de la sociedad colombiana y de lo que se vive en la gran mayoría de las instituciones educativas, no sólo en las de carácter oficial.

Comprender la violencia

En el debate acerca de la violencia y el comportamiento agresivo en la escuela, subyacen preguntas y retos de gran alcance

y profundas implicaciones para nuestra sociedad. En definitiva, lo que nos estamos jugando aquí, es si la escuela puede continuar siendo un instrumento de cohesión social y de integración democrática de la ciudadanía, una opción para acabar con la violencia, propiciar la igualdad de oportunidades y lograr una competitividad basada en el despliegue de las potencialidades del ser humano educado y seguro de sí, capaz de construir sus conocimientos, sus valores, su identidad y su futuro en un contexto de libertad y solidaridad.

Es necesario, entonces, crear propuestas que puedan ser aplicadas en el mismo espacio escolar, comprometiendo no sólo a estudiantes, docentes y directivos, sino a la familia y a toda la entidad educativa.

El equipo de maestros ha jugado un rol estratégico ayudando a identificar la red causal subyacente al problema, para lo cual hemos realizado una amplia consulta, análisis y reflexión alrededor de un sinnúmero de referentes teóricos que nos han abierto el camino para dilucidar la forma en que debemos planear –en virtud de los instrumentos hasta ahora aplicados¹–, estrategias que buscan comprender las causas del problema para cambiar las condiciones de violencia y agresividad que se viven en la institución.

Además, hemos podido devolver los datos a la comunidad para ser confrontados, para conocer percepciones sobre la realidad y comprender con mayor profundidad el problema, discutir alternativas para lograr cambios, implementaciones, mejoramientos y restricciones o impedimentos. El análisis de los datos ha sido producto del estudio y la discusión grupal y se han expresado en un lenguaje sencillo.

La historia ratifica que la violencia no es un fenómeno sino una constante inherente a la organización social dominante. La especie humana ha realizado a lo largo de

* Olga E. González de Hurtado, Bernarda Rodríguez Bejarano, Miryam Sierra Sierra, Angélica María Velasco Beltrán y la orientadora escolar Patricia Fonseca Velandía. Los autores pertenecen a la planta de maestros del colegio Tom Adams.

¹ Encuestas a estudiantes, test, historias de vida, talleres con padres de familia, docentes y estudiantes; entrevistas abiertas, observaciones (guías), entre otros.

los tiempos diferentes construcciones culturales que han configurado una manera de entender las relaciones de dominio de los más "fuertes", entendiéndolo que esta "fuerza" está legitimada por pautas y aprendizajes culturales. Desde esta perspectiva se tienen dos posiciones: una, que valida la violencia como innata al ser humano, y otra –base de nuestro proyecto– que no la valida. Lo que es innato es la agresividad, que no es lo mismo que la violencia.

La agresividad es fuerza vital, pulsión, instinto de supervivencia. La agresión y la temura, el odio y el amor son impulsos vitales del ser humano que coexisten simultáneamente. El amor y la temura, hay que formarlos intencionalmente para reducir los niveles de agresividad y violencia, y esa es la tarea de la educación y la pedagogía. Como escribió Erich Fromm, hay dos tipos de agresividad: una biológica y adaptativa que nos impulsa a atacar o huir ante amenazas, y otra, denominada perversa, que da origen a la crueldad, a la destrucción y la violencia.

Los expertos dicen que la violencia no es instintiva, sino que se aprende, y por ello, la educación es elemento compensador e instrumento indispensable para erradicar las relaciones violentas. Entonces, es de suponer que la violencia se puede aminorar desde el ámbito del aula, con una mayor intervención y apoyo de la familia, la sociedad y el Estado.

La violencia escolar es un fenómeno que traspasa la mera conducta individual y se convierte en un proceso interpersonal, porque afecta al menos a dos protagonistas: a quien la ejerce y a quien la padece. Además, puede existir un tercer afectado que es quien la contempla sin poder o querer evitarla.

Muchos de nuestros estudiantes llegan a la escuela con signos palpables de la violencia que se respira en la familia o en las calles; maltratados físicamente, explotados, con cargas de soledad, desamor, con sentimientos de rabia y desconfianza; pero, también con el deseo de labrar para ellos un futuro mejor. Pero, también detectamos un clima de violencia en ciertos actos realizados por directivos o docentes, independientemente de la intencionalidad manifiesta de éstos.

Si a la cuota de agresividad expresada por sus propios compañeros añadimos la que los estudiantes presencian y padecen, en ocasiones, por parte de los docentes, obtenemos un contexto institucional dentro del cual la agresión y la violencia son promocionadas y justificadas como formas de relación normales con los demás. Los estudiantes, por tanto, estarían siendo socializados en la injusticia, el desamor, la insolidaridad, el autoritarismo, el rechazo a los

Los expertos dicen que la violencia no es instintiva, sino que se aprende, y por ello, la educación es elemento compensador e instrumento indispensable para erradicar las relaciones violentas.

débiles y a los pobres, el maltrato físico y psíquico y, en resumen, en un modelo de relaciones interpersonales basado en el desprecio y la intolerancia hacia las diferencias personales, en particular, y hacia la diversidad étnica, en general.

Desde el currículo oculto, la escuela, como instancia socializadora, puede transmitir patrones, normas, actitudes y prácticas culturales relacionadas con la violencia. Pero, las causas de la violencia en los niños, niñas y jóvenes escolarizados tienen de igual forma profundas raíces en la situación familiar, en el contexto sociocultural y en los medios de comunicación.

Para valorar la importancia de esta investigación, conviene resaltar que *el respeto a los límites mejorará cuando se aprendan habilidades no violentas para la resolución de conflictos, y que el desarrollo de la democracia participativa en la escuela es una de las mejores herramientas para aprender a construir la ciudadanía y la no violencia; pues mejoran la calidad de la vida en la escuela y las relaciones que en ella se establecen; disminuye los conflictos provocados por la transgresión de las normas y desarrolla en los estudiantes el sentido de responsabilidad, así como las diversas y complejas capacidades –cognitivas, emocionales y comportamentales– necesarias para asumir con eficacia un papel activo en la construcción de la democracia y la ciudadanía.*

Como líderes que somos en la comunidad educativa, es nuestra responsabilidad propiciar una formación integral haciendo énfasis en la práctica de los valores, ya que éstos trascienden en la vida de las personas y de manera especial en la de los niños, las niñas y los adolescentes.

En cualquier caso, los educadores somos cada vez más conscientes de la envergadura del tema que aquí tratamos; somos conscientes de que si no se realiza una investigación y reflexión sobre el quehacer pedagógico para su transformación, todos sen-

tiremos cada día más el rigor de una vida difícil y árida. Sabemos que, para comenzar, debemos plantearlo en positivo: no se trata tanto de qué hacemos para enfrentarnos a los casos de violencia, como de qué hacemos para convertir nuestras instituciones educativas en espacios agradables para los estudiantes, en espacios adecuados para el aprendizaje de la convivencia en el marco de la democracia. Los centros educativos y su profesorado debemos asumir que el proceso de convivencia en las aulas y el aprendizaje de la misma por los estudiantes constituyen una tarea docente ineludible. ●

Propuestas para desarrollar estrategias que disminuyan el impacto de la violencia escolar:

- Elaborar un diagnóstico participativo que permita identificar los comportamientos agresivos y violentos de los diferentes estamentos de la comunidad educativa.
- Establecer las causas que generan estos comportamientos para determinar los niveles de violencia alcanzados.
- Sensibilizar y motivar a los miembros de la comunidad educativa sobre los diferentes niveles y formas de violencia que se vivencian en la vida cotidiana de la institución y motivarlos para que se comprometan en la transformación positiva de esta situación.
- Socializar las estrategias pedagógicas significativas que surjan de este proyecto para lograr la participación de los actores involucrados en el proceso de formación de ciudadanía.
- Sistematizar la experiencia, divulgarla y hacer aportes a la comunidad educativa.